

# LA MISIÓN DE MARÍA EN LA REDENCIÓN DE LOS HOMBRES Y EL VALOR DE SUS SUFRIMIENTOS

*P.Enrique Alonso Guerrero*

*Oratorio San Felipe Neri*

*Alcalá de Henares*

## 1.- El misterio de la Redención es un misterio de amor humano

El misterio de la Redención ha requerido por parte de Jesucristo el ofrecimiento de su vida por amor al hombre, el cual, ha odiado y se ha hecho esclavo del no-amor. Este amor lo ha puesto su corazón humano y comenzó a ponerlo desde el momento de la Encarnación.

Una carga tan pesada como fue cargar sobre sí la culpa de todos los hombres fue sostenida, durante toda la vida de Jesús, por el corazón de María, su madre: santa e inmaculada. Especialmente lo fue en su Pasión, cuando todos lo abandonaron y cayó sobre él todo el peso del odio del mundo, pero su madre lo acompañó y recogió su cuerpo al terminar su vida. Cristo sufrió por el mundo y María sufrió por sostener a su hijo, amándolo hasta el extremo, amándolo por los que no lo amaban, por ser la Inmaculada y la Llena de Gracia.

Los dos corazones, por obediencia al Padre, mantuvieron un chorro de amor continuo en la misión de la Redención del hombre caído, cada uno a su modo, asumiendo libremente que el dolor -no merecido por ninguno de ellos- era para deshacer la obra del demonio (la serpiente antigua).

Jesús asumió, por amor al Padre, la misión de la Redención del hombre, asumiendo ser el Cordero Pascual del Sacrificio de la nueva y eterna Alianza; María asumió, por amor a su hijo, la misión de ser la madre del Redentor, reconociendo su incapacidad —propia del amor de madre— de dejarle sufrir solo y no absorber (si pudiera) todo su dolor y sufrimiento.

Ambos corazones, unidos plenamente por la gracia (pues María es la Llena de gracia y su hijo es la Fuente de la gracia), como nuevo Adán y nueva Eva, ambos como una sola realidad, pero cada uno a su modo, en pleno cumplimiento de la Voluntad del Padre para ambos, que así lo quiso y lo permitió, pusieron juntos el amor probado con toda su fuerza, vencieron al demonio y su obra y comenzaron sobre la tierra una nueva humanidad.

## 2.- El “sí” de María

En el capítulo primero del evangelio de Lucas aparece narrada la Anunciación. Seis meses antes ya había preparado el Señor a su precursor. Todo lo había dejado preparado para su cita con María. Perfectamente Dios podía haberla obligado (aunque esto no coincide con el modo como Dios ha ido haciendo las cosas ni como Dios las hace), haber actuado sin pedirla permiso, si la función de María hubiera sido simplemente la de

engendrar al Hijo y cuidarle en su niñez; pero Dios esperaba algo más de aquella a la que había hecho inmaculada, de aquella que se había mantenido santa y virgen con la gracia de Dios. Dios necesitaba que asumiera con toda su libre voluntad lo que significaba ser la madre del Redentor: que su “sí” fuera verdadero. Es decir, un “sí” diferente del de aquellas parejas que se casan, pero después interponen demanda de nulidad alegando que su “sí” fue inválido porque no conocían verdaderamente lo que éste implicaba. María era plenamente madura y suficientemente consciente de lo que implicaba decir “sí” al Ángel enviado de parte de Dios, pues ella conocía las Escrituras (lo que está revelado sobre el Mesías, por ejemplo, Isaías 53), el Espíritu Santo la iluminaba en su interior para ir la preparando para su misión.

La tradición y la liturgia nos enseñan que María fue consagrada al templo con tres años, donde recibió su formación. No salió de allí hasta la edad adolescente para casarse con José. Al entrar se separó de sus padres, a los cuales no volvió a ver, pues al salir de adolescente ya habían fallecido. Solo le quedaba como pariente Santa Isabel, prima anciana de su madre. Dios promovió todo esto para que su elegida tuviera un proceso de formación y madurez que la ayudara a estar preparada para decir con plena libertad su “sí” al anuncio del arcángel de Dios. También fue una ayuda para ella el haber tenido experiencia de sufrimiento desde pequeña al separarse de sus padres y quedar en lugar extraño y entre manos extrañas. Este dolor afectivo y espiritual la preparaba para la gran separación que iba a ser la muerte de su hijo.

Llegado el momento exacto, seis meses después del anuncio del nacimiento de San Juan Bautista, con todo preparado desde el principio de la historia (protoevangelio), el Señor a través de San Gabriel Arcángel le anunció la misión para la que había sido creada. Con rápida reflexión, propia de la que se ha entregado totalmente a la Voluntad de Dios, de la que tiene experiencia del sufrimiento y comprende lo que significa ser la madre del Mesías esperado, del Verdadero Cordero Pascual (Jn 1,29) y Siervo de Yahveh (Is 53), acepta con total y libre sumisión el encargo recibido: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra” (Lc 1,38).

Ser la esclava del Señor no pudo ser algo que decidiera en un momento puntual, sino algo que se venía gestando y preparando en su alma con otros “sí”, desde que comenzó a tener uso de razón. Su “sí” al ángel sólo fue la fidelidad y ratificación de su propia identidad personal, libremente elegida desde el principio.

### 3.- Una espada atravesará tu alma

Cuando se cumplió el tiempo de la purificación, según la Ley dada por Dios a Moisés, la Virgen María y José fueron a presentar al niño Jesús al Señor en el Templo de Jerusalén y a rescatarlo.

Un hombre anciano, piadoso y justo, al que el Espíritu Santo le había hecho una promesa, vio a la Sagrada Familia y comenzó a profetizar. Tomó al Niño en brazos y dio gracias al Señor por haber enviado a su Salvador, luz para alumbrar a las naciones y gloria de su Pueblo Israel. Inmediatamente comienza a hablar a María su madre, uniendo una vez más el destino de Jesús con el de ella.

Simeón la dice: “Éste ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten y será bandera discutida —y a ti misma una espada te atravesará el alma— para que se pongan de manifiesto las intenciones de muchos corazones”. Ya San Juan Bautista había dicho que el Señor iba a separar el trigo de la paja en su venida, pero una vez más, unida a la misión del Salvador, está María de modo doliente. La espada del dolor atravesó el alma de la Madre porque la misión de su Hijo de ser luz de naciones, gloria de su Pueblo y de mostrar lo que ocultan los corazones de los hombres le suponía sufrimiento a éste. Dios separó el segundo día de la Creación la luz de las tinieblas, definiendo cada cosa como día y noche. Así también el Hijo de Dios con la Luz de la Verdad separó las intenciones rectas de las que no lo eran, definiéndose los hombres mismos entre amigos y enemigos de Jesucristo y del Evangelio. Creo que se puede decir que es como si todo lo que su hijo sufría le alcanzase a ella de modo pleno, pues la expresión “una espada atravesará tu alma” es expresión de dolor máximo y completo.

Imaginemos como ejemplo dos niños gemelos que hubieran nacidos unidos por el corazón, es decir, con un único corazón para ambos, y que la sangre circulara por ambos cuerpos como por uno sólo y el único corazón latiera con fuertes latidos para ambos cuerpos. Lo que afectase a uno le afectaría al otro. Creo que el amor y el estar llenos de la gracia del Señor unió a ambos —a Jesús y a María— por el corazón del alma. De alguna manera María sigue a Jesús con su “sí” por el motor de la fe, la esperanza y la caridad. Caridad porque ama a su hijo, ama a Dios-Trinidad, ama a los hombres sus hermanos (y también sus hijos [Jn 19,25ss]) desde el calvario) y ama el amar; fe porque es la esclava del Señor y se entrega a Dios a que se haga en ella su divina voluntad; esperanza porque espera el fruto bueno y eterno que produce la fe y la caridad.

#### 4.- Las dudas de San José

Los milagros sobre la vida de María han sido los mismos que sobre la vida humana de Cristo: concebida sin pecado original como Jesús, asunta en cuerpo y alma al Cielo como Cristo resucitó.

María precedió a Jesús en los sufrimientos propios del Redentor, pues ella comenzó a sufrir los sufrimientos de Cristo antes de su nacimiento. María sufrió las dudas de San José, con la posibilidad de quedar sola o condenada o de tener que huir. Sufrió el hecho de que no hubiera un lugar en Belén para el nacimiento del Hijo de Dios: que Belén no esperase el nacimiento de su Mesías-Redentor y tener que darlo a luz en un establo entre animales. El desprecio del hombre y su rechazo contra el Verbo de Dios lo sufrió ella primero.

En el caso de las dudas de San José (cf. Mt 1,19-21) fue un sufrimiento querido por Dios, algo que Dios había podido evitar, pero no quiso. Me refiero a lo siguiente:

Cuando María fue a visitar a su prima Santa Isabel el Espíritu Santo informó a ésta de quién era la que venía a visitarla y quién estaba en su vientre: la madre del Señor y el Mesías-Hijo de Dios respectivamente. Pero cuando María se encuentra con San José parece que hay un silencio divino. Es tras tomar San José la decisión de repudiarla en secreto cuando el Señor le manda su ángel a informarle de que la criatura de su seno no es obra de un adulterio sino un milagro del Espíritu Santo porque en su seno se encuentra el Mesías, Hijo de Dios y Salvador. Puede que fuese una prueba para San José, una purificación que le preparase para su misión como custodio del Mesías, pero fuera como fuera, la que lo sufrió fue María también, y yo diría que, por ser como era de perfecta, de un modo mayor que San José. Por lo tanto, si la pasión de San José fue parte ya de su perfeccionamiento, María estaba ya ahí presente y de modo doliente.

#### 5.- “Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?”

¿Qué tiene que ver Jesús con María? Tiene que ver todo. María es la única criatura en la que la Redención fue perfectamente efectiva, ella es la que fue concebida sin mancha de pecado original —victoriosa sobre la influencia del demonio— en virtud de la posterior pasión y muerte del Señor, la criatura que verdaderamente mereció que existiera una segunda humanidad después del diluvio, pues de esa segunda humanidad nacería ella. ¿Es hermosa la noche sin estrellas pero en la que brilla la luna llena con todo su esplendor? Así sería hermoso el cielo eterno aunque su único habitante fuera la Virgen María y nadie más. Aunque Dios desea a sus cien ovejas, ésta hubiera bastado para satisfacer su divino Corazón.

Cuando María ve que no les queda vino en la boda de Caná, su corazón bueno y compasivo saltó en su interior. No puede ver sufrir a los hombres —le duele a ella misma— y actúa para apagar ese dolor que se ha encendido en su corazón santo e inmaculado.

María acude al que sabe que todo lo puede solucionar. Se atreve a acudir a él confiando en el Corazón que es la misma fuente de la compasión. No es pequeño lo que le pide María a su hijo, pues le está pidiendo (quizá sin darse cuenta) que cambie los planes eternos de Dios sobre el inicio de los signos mesiánicos. Ella aún así acude a él, le pide: “Hijo, no les queda vino”. No le expone un problema exterior de terceras personas, sino

que le expone su propio dolor. Es como si dijera: “Hijo mío, mira qué sufrimiento tengo, qué gran preocupación, qué gran pena: ayúdame para que esto se apague en mi corazón y pueda recuperar la alegría”. Jesús no puede dejar un dolor en la Inmaculada, la que no merece sufrir. Sólo sufrirá con él los sufrimientos de la redención por el amor que les une. Jesús parece que se queja, pero acepta. Convierte una obra de compasión por su madre en el primer signo mesiánico: el agua de la purificación es su sangre, en el contexto festivo de una boda, la fiesta de la alianza del amor más pleno.

Parece que hay dolores que Dios no quiere que pase María, pero que hay otros en los que no hace nada por evitarlos y sí por provocarlos. Vimos el caso de la Visitación y las dudas de San José; ahora vemos el caso de las bodas de Caná y la misma Pasión. En lo que puede afectar a María que es propio de la Redención, Jesucristo no ha privado a su madre sino que la ha implicado completamente. ¿No pudo llevársela al Cielo antes de la pasión o llevarla lejos de todo aquel barullo de gentes violentas de Jerusalén? Pero allí la quiso tener, cerca de él, en primera fila, junto a la cruz.

Pensemos especialmente en la escena de *La Pietá*, tan abundantemente representada en la iconografía cristiana. En ese momento María recibe la certeza terrible de la cruel muerte de su hijo a través de todos sus sentidos: los ojos lo ven muerto, frío, pálido, inmóvil; sus oídos oyen el silencio absoluto de la muerte: ni respiración ni latidos de su corazón; sus labios besan la piel fría de quien está muerto, la sangre derramada, el sudor frío; sus manos palpan el cuerpo frío e inmóvil del que está muerto, se cruzan con la profundidad de cada una de sus heridas, especialmente la herida del costado que llega hasta su corazón partido. Todos sus sentidos reciben los estímulos ciertos, no sólo de que su hijo había muerto, sino de que había sido cruelmente torturado. Sus sentidos perciben el frío y la oscuridad del ambiente que su hijo también habría sufrido, perciben el odio de sus enemigos y la traición de sus amigos, porque los ve y los oye: ve y oye a sus enemigos, escucha el silencio de la ausencia de los que se decían ser sus amigos. ¿Acaso los sufrimientos reales de la Madre no fueron semejantes a los del Hijo? ¿No es acaso una crueldad permitir vivir esto a una madre? Y todo ello por voluntad del Padre que así lo quiso, pues si Dios Padre no lo hubiera querido, Jesús no lo habría permitido y María —la esclava del Señor— no habría impuesto su propia voluntad a la de Dios, aun cuando no desease estar en ningún otro sitio.

El amor perfecto llama a la madre a absorber y quitar el sufrimiento a su hijo y si ello no fuese posible, el amor perfecto llama la solidaridad en el dolor con el hijo que no puede escapar del sufrimiento, compartiendo su mismo dolor y su misma suerte. Cierto es que estos eran los sentimientos y deseos de la Madre; pero aun así, si no hubiera sido necesario, el Hijo de Dios no lo habría permitido, pues ver sufrir a su madre tuvo que ser la peor de las torturas del Hijo en su pasión redentora. Por ello, estando la Virgen Madre allí, convirtió su propio dolor —por Voluntad de Dios Padre— en parte de la pasión redentora del Hijo.

La pregunta clave es ¿se hubiera realizado la Redención sin la presencia del amor de la Virgen? Pues la Redención fue una acción del amor, no hechos o acciones meramente externas. Respuesta posible con otra pregunta: ¿Hubiera podido llegar Jesús hasta el final de la pasión y de la muerte en cruz tal y como la conocemos sin el sostenimiento del amor del corazón de su madre? ¿Si Jesús no hubiera tenido que rescatar a su propia madre del pecado del que fue privada anticipadamente hubiera podido terminar la pasión?

Sabemos que no se puede hacer teología a partir de hipótesis o futuribles que nunca han sucedido (“¿qué hubiera pasado si...?”), pero de realidades sí. Es real que María fue redimida anticipadamente por Cristo; es real el amor de María en unión de voluntades (suya y de Jesús) de aceptar la voluntad del Padre, que era que su Hijo padeciera la pasión y entrar así en su gloria ( cf. Lc 24,26); es un hecho que Dios Padre quiso, desde toda la eternidad, que existiera María, que fuera la madre de su Hijo, que su Hijo fuera el Redentor por medio de su pasión y muerte de cruz y que María estuviera ahí con él, sufriendo a causa del amor lo que su Hijo sufría para redimir a los hombres. Es decir, por medio del amor y a causa del amor por su Hijo, por el Padre y por los hombres.

María fue educada en el Templo —como buena israelita— a esperar al Mesías Salvador, al que vendría a redimir y liberar al pueblo de sus pecados. ¿Con cuántos deseos y súplicas clamaría María por que llegara cuanto antes el día de su venida? El amor por la liberación y redención de los hombres estaba muy presente desde siempre en el corazón de María. Dios se lo concedió a ella, y con creces, pues no sólo lo hizo en su tiempo sino que la eligió a ella para ser la Madre del Mesías Rey.

Si todos tenemos un lugar en la redención de la humanidad (Col 1,24) mucho más María, pues ella se encuentra en otra situación diferente en cuanto a la justicia y no en la del hombre caído, que carga con la pena y la culpa del pecado original y personal. El sufrimiento de María es de distinto valor al del hombre caído, no sólo por la justicia, sino porque el hombre lo impregna todo del orgullo. Sólo María puede realizar la ofrenda pura, agradable a Dios (cf. Mt 3,3; Rm 12,1; 2 Co 11,2b).

## 6.- “Mujer, ahí tienes a tu hijo; hombre ahí tienes a tu madre”

Los hombres han sido encomendados a la Madre porque así Jesús lo dijo desde la cruz. Jesús desde la cruz ha dado a la humanidad la Mujer (nueva Eva), su madre. Cristo redentor nos ha dado a María y ha enviado a María a nosotros. Todo esto se ha realizado en torno a la cruz redentora, al Calvario donde se realizaba nuestra redención.

Junto a la cruz de Jesús había varios discípulos de Cristo: mujeres especialmente. Pero Jesucristo habla a María, da a María. María tiene una misión especial. Doce eran los apóstoles, pero Jesús elige a Pedro, lo da a la Iglesia como piedra de cimiento y cabeza, distinguiéndolo de los demás.

María tiene una misión especial en la Fundación de Jesucristo llamada Iglesia.

Desde entonces María deja de ser la escondida María, hija de Nazaret. Se convierte en la Madre que tiene que sacar adelante a sus nuevos hijos, así como una vez sacó adelante a su Hijo. Tiene que prepararlos para crecer en la fe, la esperanza y el amor, pero especialmente tiene que encaminarlos hacia el Calvario, donde su propia cruz les está esperando. Con la autoridad que le ha dado Jesús y la gran responsabilidad de su misión, María comienza a actuar como sabe: consejos, ejemplos y oración. La que todo lo consigue de Dios, la Omnipotente suplicante, se convierte en la Mediadora de todas las gracias y en la Abogada nuestra ante el Padre.